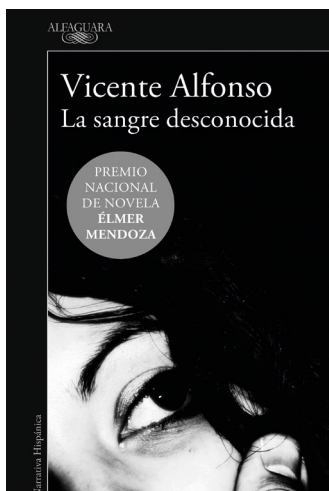


Atriles



El beso de la araña semántica

Miguel Tapia

Vicente Alfonso, *La sangre desconocida*, México, Alaguara-UAS, 2022.

Que nadie se declare desprevenido: Vicente Alfonso ha escrito otra novela absolutamente notoria en la narrativa mexicana actual. Tras habernos acostumbrado a obras emocionantes, de elaborada factura y fluido transcurso, pobladas de inquietantes personajes e irresistibles situaciones, *La sangre desconocida* (Alaguara-UAS, 2022) entona con la misma paleta de atributos y aún la extiende. Obra polivocal, donde la acción se sitúa en diferentes lugares, se despliega armada de un arsenal de recursos técnicos que no por ser muchos se enmarañan: cada uno tiene su sitio y cumple su encomienda con eficacia.

Tomando el riesgo de quedarme muy corto —restituirla de manera fiel equivaldría a parafrasear aquí buena parte de la obra—, podemos resumir la trama diciendo que en ella una serie de personajes, a partir de sitios, tiempos y realidades distintas, luchan a brazo partido por mantener a flote a la vez su vida sentimental y sus ideales. Seguimos así a tres parejas: Fabián y Fernanda, Rosario y Ayala, Harriet y Howells. Fabián y Fernanda viven en Guerrero en un tiempo próximo al de la redacción de la novela. Rosario y Ayala se encuentran en el Culiacán en los años setenta y a Harriet y Howells los seguimos en Kamel City, New Jersey, a inicios de la misma década.

Esta apertura espacial y temporal se refleja en otra, tocante ahora al plano de realidad, pues mientras que Fernanda y Fabián podrían habitar el México contemporáneo real, Harriet y Howells son obra de la pluma creadora de Fabián, novelista en ciernes y uno de los múltiples narradores de *La sangre desconocida*. La tercera pareja, Rosario y Ayala, tiene un origen desconocido, pero se manifiesta con un pie puesto en el mundo «real» de Fabián y Fernanda y otro en el plano «ficticio dentro de la ficción» de Harriet y Howells.

Cada una de estas parejas, pues, se debate en una doble lucha por la supervivencia de su relación, por un lado, y la de sus ideales político-sociales, por otro. Desde su propia perspectiva, buscan construirse a sí

mismos mientras se desgastan buscando un mundo más justo desde el profesorado, el periodismo, la literatura o el activismo revolucionario. En el seno de sus atracciones punza, insobornable, el latido de la indignación y el inconformismo.

Howells urde, así, raptar a Harriet y extorsionar a su millonario padre recursos para la lucha racial en Estados Unidos. Ayala accede a cooperar en la fuga de un preso comprometido y patán, dueño del corazón de una Rosario insumisa. Fernanda renuncia a todo en busca de la maternidad a cualquier precio, mientras Fabián huye escribiendo una historia que escapa a su control y al de la realidad misma.

Las peripecias que la novela narra harán que el destino de los diferentes personajes se cruce, en determinado momento, de forma menos o más evidente, completando los rizo-mas que en la novela unen la realidad a la ficción, y a esta última de nuevo con la primera. Los puntos de contacto entre las historias son también elementos que por proximidad temática, cronológica o narrativa, van tejiendo, como una araña semántica, la amplia red de significados que *La sangre desconocida* ofrece con generosidad al lector curioso.

La hemofilia confesada ya en el título de la novela se desgaja, en sus breves capítulos, en vasos variopintos: el sacrificio del compromiso político; el sufrimiento de las víctimas de la violencia de Estado —a manos

del Ejército Mexicano que buscaba a Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero, por ejemplo—; el soberbio y excesivo poder del dinero, su promesa inhumana. La sangre es también el lazo que nos ata por dentro y nos une a los nuestros, la herencia como promesa y amenaza; el miedo a destruir lo que amamos por el hecho mismo de defenderlo, plasmado en la novela como el riesgo de una asesina incompatibilidad de factores erre hache entre amantes. Y la sangre, al mismo tiempo, como veta política irrenunciable —¿el vampirismo de Cortázar como tema de investigación literaria?—, como consciencia de la propia condición de eslabón pasajero, o como el rastro indeleble, sobre la tela de un vestido multicolor, de un evento atroz.

¿Algo puede salir bien de semejante entramado? Desde luego puede, y con éxito, pero no en la manera en que un espectador comodino desearía. Estamos ante una arquitectura osada y prudentemente compleja. Sin dejar de mimar al lector con el regalo de múltiples escenas atractivas, sabiamente construidas y hábilmente entrelazadas, *La sangre desconocida* toma prestado al género del misterio algunos de sus formas y gestos, pero no sus fines. La novela se ofrece como un relato justificable en su mismo suceder. Se asume como un fin más que como un medio, una construcción más que su función: Vicente Alfonso antepone al ansia por la respuesta la belleza de la pregunta.

La sangre desconocida construye un lenguaje hecho de situaciones novelescas y una sintaxis de paralelismos entre líneas narrativas. Su forma de significar es este juego de espejos entre situaciones y personajes, internos o externos a las novelas —la de Vicente y la de Fabián—, y

entre diferentes tiempos cronológicos. En esta gramática narrativa la conclusión del periodo no es la resolución de un enigma. Esta es apenas un ingrediente más de la trama, un anzuelo adicional en la intriga mayor. La resolución es el relato mismo, la continuidad de su funcionamiento, la sugerencia de una nueva vuelta de tuerca que perpetúe el rizoma de espejos y resonancias que la novela ha construido.

La sangre desconocida es una novela honda y memorable, de un entramado hipnótico y veloz. Navega con timón experto sobre la peripecia para hacerse preguntas sobre lo más profundo: el amor de pareja, el sentido de la justicia, el valor del individuo y hasta dónde este es posible sin la necesidad del otro. La sangre, en fin. La sangre que nos define porque nos ata a un legado y nos obliga a la vez a luchar por desmarcarnos de él, nos empuja a crear espacios de existencia que no resuelven nada, pero perpetúan la interrogante. Una novela que confirma que ficción y realidad no son solo dos formas de nombrar la misma experiencia, sino que ambas se incluyen necesariamente, son fuente y destino mutuos, causa y consecuencia una de la otra.